

# oración cristiana y mito

## Mito y oración como búsqueda de relación

Encontramos un rasgo típico del mito en la nostalgia de un retorno periódico al tiempo mítico, a los orígenes: al tiempo magno. La calidad de todo acto humano depende exclusivamente de que sea reproducción de un acto primordial, repetición de un ejemplar mítico. Lo que el hombre actual hace, ya se hizo. El hecho en sí no tiene sentido ni realidad sino en la medida en que renueva una acción primordial, y no tiene su identidad sino en la medida en que participa en una realidad transcendente. Por lo tanto el tiempo profano, con sus acontecimientos sin modelo transhistórico, es menospreciado y rechazado en favor de una valoración metafísica de la existencia humana. Revela la concepción de que cada representación histórica no es una manifestación originaria sino que procede de algún otro sitio. El fondo de esta nostalgia del tiempo original es el deseo de englobar la humanidad en su conjunto en una historia ejemplar, de tener un centro de la humanidad y del mundo, donde el hombre puede encontrar sus orígenes y sus raíces, de donde procede el sentido y la última realidad de

su existencia actual y el deseo de relacionarse con este origen.

El hombre expresa esta mentalidad en la búsqueda impotente de sus orígenes y de su meta, es decir, en la búsqueda de Alguien, que es la última realidad de todo, con quien hay que relacionarse y unirse para ser realidad.

El hombre primitivo intentó buscarle en el cosmos que le rodea. El mundo en que vive, le está hablando y el hombre experimenta, que se está poniendo en relación con él. Así el mundo se le presenta como un "TU", que se le revela y que expresa una presencia viva. No experimenta este "TU" por contemplación ni por comprensión, sino lo experimenta emocionalmente por una relación dinámica y recíproca. El hombre primitivo personificó los elementos del mundo, porque los concibió en una relación personal.

También la oración cristiana se puede considerar como búsqueda de relación con un "TU". El origen, el centro y la meta de toda oración cristiana es la persona misma de Jesucristo, que se hizo relación entre Dios y los hombres. Siendo Dios, se hizo experiencia humana y "per ipsum, cum

ipso et in ipso" toda oración humana llega a Dios.

Jesucristo hizo de su vida humana una oración, pues lo que se entregó en la cruz ha sido una vida de Dios y con Dios. El contenido de su vida ha sido la relación, es decir, la salida de sí mismo (EXODO) y la entrega al Otro, a los otros.

Así en la oración cristiana la búsqueda de relación con el "TU" es en primer lugar aceptación. Aceptación de ese Exodo y esa entrega gratuitas y correspondencia en las mismas categorías para establecer una relación recíproca.

La oración cristiana se distingue del mito en que su relación no es satisfacción de una nostalgia, sino respuesta a una iniciativa del Otro.

### **Concepto de la historia en el mito y en la Oración**

El mito original no conoce acontecimientos históricos en nuestro sentido, no tiene un concepto lineal de la historia. El hombre mítico vive la realidad de su mundo en un concepto cíclico, en repetición e identificación con lo que ha ocurrido una vez en los tiempos originales. Aquellos acontecimientos que han ocurrido, siguen teniendo eficacia y actualidad. Es la proyección de lo que ocurre siempre (p. e. la puesta del sol) hacia un acontecimiento único en los tiempos originales, desde donde tendrá eficacia eterna para todos los tiempos. El término "MYTHOS" se define como PALABRA, en el sentido de explicación definitiva, cargada de fuerza para siempre. Esta PALABRA evoca cada vez de nuevo la vida y mediante ella el mundo recibe duración y firmeza.

Así el mito trasciende las limitaciones de la historia concreta. No quie-

re ni necesita los acontecimientos históricos. Poniendo todo lo que acontece en los tiempos originales, el hombre del mito no espera nada nuevo de la historia. Lo que el mito quiere anunciar, no es el sentido de un hecho que aconteció "hic et nunc", sino lo que se refleja en él: el destino cósmico del hombre siempre igual. Su sentido es la manifestación simbólica de lo que significa el mundo y el hombre. El hombre individual y único representa en este caso ejemplarmente a la humanidad, está recapitulado, totalizado. Por lo tanto el mito se queda cerrado en lo conocido, en el pasado, sin abertura hacia lo nuevo, el futuro.

El cristiano, sin embargo, vive su oración en un concepto de la historia justamente opuesto al del mito.

A partir de la experiencia histórica y liberadora del EXODO del pueblo de Israel, establece una estrecha relación entre creación y salvación, que se extiende en el tiempo y en la historia de nuestro mundo como la historia de Dios con los hombres. El cristiano se relaciona con un Dios que se revela progresivamente a través de actos históricos. La creación del mundo es considerada como inicio de la historia, de la gesta salvífica de Dios y de la empresa humana. La creación, ha sido pensada en función del Exodo histórico-salvífico. El Exodo será la larga marcha hacia la tierra prometida, como un movimiento que llega al encuentro con Dios, que se realizará en su plenitud en la persona de Cristo. "El corazón del AT es el Exodo de la servidumbre de Egipto y el paso hacia la tierra prometida... la esperanza del pueblo de Dios, no es el regreso al mitológico jardín primitivo, la reintegración al paraíso perdido, sino la marcha hacia delante, hacia una ciudad nueva, ciudad humana y fraterna cuyo corazón es Cristo" (1).

La gesta del Exodo inicia la historia de Israel, historia concebida como

historia de re-creación (salvación). La experiencia del Exodo paradigmático-histórico estructura la oración cristiana. La estructura como una historia de creación y recreación de los hombres bajo dos aspectos: la iniciativa de intervención histórica de Dios y la participación consentida y consciente de los hombres. La oración tiene, como toda relación interpersonal, su historia. A partir de su situación histórica el hombre sale al encuentro de Dios y el lugar de este encuentro es siempre la historia contemporánea en que vive el hombre. El hombre, como ser histórico, mira hacia atrás y descubre en la historia salvífica la fidelidad de Dios con los hombres. Esta mirada de fe hacia atrás le abre su mirada hacia adelante con confianza en la fidelidad de Dios para el futuro. Se presenta el futuro como un camino abierto, en el cual el hombre estará acompañado por Dios. Caminando en su presencia le experimenta como un Dios vivo, contemporáneo. Librementemente se deja construir por este Dios de compañía en la historia para construir una nueva historia. En la medida en que el hombre sale de sí mismo para dejarse hacer, se está haciendo y está haciendo la historia del mundo nuevo.

Por su diferente concepto de historia podemos caracterizar el mito con su orientación hacia atrás, hacia el origen, como un "OPISODO", mientras que la oración cristiana se podría llamar un EXODO, por su abertura hacia adelante.

### **La revelación para la oración cristiana y el mito**

La vitalidad de la oración se expresa en la fuerza de preguntar y preguntar de nuevo. Con su impetuosidad e insistencia al preguntar el hombre colabora con Dios en su revelación sucesiva en la historia humana. Así el hombre en su oración sale a preguntar

y a escuchar a Dios en la historia. En Cristo Dios se ha hecho Palabra, respuesta inagotable a lo que ha preguntado el hombre, respuesta todavía más grande que la pregunta, por eso el hombre experimenta esta respuesta ilimitada en la medida en que pregunta. Bajo este aspecto la oración se presenta como un camino de pregunta en pregunta, como una historia con Dios de promesa en promesa.

En esta historia Dios se revela como fidelidad a sí mismo: es él quien hizo las promesas y es él quien las cumple. Se compromete a lo que prometió ser para los hombres. No se revela como alguien en sí mismo, sino como alguien en Exodo hacia los hombres, en su relación con ellos. Esta revelación es experimentada en la medida en que el hombre corresponde a esta relación con su propio éxodo hacia Dios.

"Amén", la síntesis de toda oración cristiana, revela algo de la relación Dios-hombre. "Amén" significa "permanecer firme y confiadamente en el fundamento que nos sostiene, no porque yo lo he hecho o lo he examinado, sino precisamente porque no lo he hecho ni lo he examinado. Expresa la entrega de sí mismo a lo que nosotros no podemos ni tenemos que hacer, la entrega de sí mismo al fundamento del mundo" (2). Y sobre este fundamento se sostiene el hombre; "Si no os afirmáis en mí, no seréis firmes". (Is 7,9b).

La relación Dios-hombre se revela aquí como Exodo: abandono del suelo de la propia auto-afirmación y movimiento hacia alguien que está fuera de él, para hacerse firme en él y recibir la propia existencia de él. Ahora el hombre acaba de construirse a sí mismo al dejarse construir, acaba con su existencia antigua de auto-afirmación al comenzar una nueva, la recibida y aceptada. Esta nueva existencia la recibe como un regalo, porque

ya no quiere agarrarse a lo que tiene él mismo, pues se ha abierto, ha salido de sí mismo al encuentro con Dios, y se ha encontrado, fuera de sí, en El.

Encontramos la revelación de esta relación en una parábola del NT. Mt 14,24-31 expresa esta realidad en el acontecimiento de caminar Pedro sobre las aguas hacia Jesús. Jesús llama a Pedro: "Ven". Por esta palabra Pedro deja de mirar a sí mismo y a la seguridad que tiene en sí. Sale del barco y se entrega a la palabra de Jesús, salta de su propia seguridad, se arriesga a sí mismo y se entrega a una aventura desconocida en la experiencia de su vida: camina sobre las aguas. Su única seguridad en este momento es la palabra "ven". Fijándose en Jesús Pedro anda sobre las aguas. Pero en el momento en que se mira a sí mismo, deja de mirar a Jesús y se hunde. Del éxodo se convirtió al "episodio": "quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará" (Mt 16,25).

La relación entre Dios y el hombre revela no solamente lo que es Dios para nosotros, sino también lo que es el hombre en su última realidad. Mientras que el mito admite muchos dioses y muchas historietas diferentes sobre ellos, la revelación exige una exclusividad comprometedora. La decisión definitiva de Dios en Jesucristo, en aquellos tiempos y en aquel lugar concreto, exige, de parte del hombre, una decisión existencial y una respuesta personal. Mientras que los dioses del mito son más bien proyecciones de experiencias humanas, y por eso inmanentes al mundo —siempre con la tendencia a diversificarse y explicitarse— Dios se dejó conocer por auto-revelación relacionándose con el hombre. En esta relación el hombre le experimenta como único y trascendente a este mundo.

En vez de ser la última explicitación, como en el mito, Dios se revela

como alguien que acompaña al que ha salido de sí para ponerse en camino de preguntar por El. El hombre que ha encontrado de una vez para siempre la respuesta a todas sus preguntas acerca de Dios, se ha construido un mito nuevo, en el que se queda cerrado e instalado. Pues Dios se revela como exigencia de éxodo, de pregunta en pregunta, para revelarse de promesa en promesa hacia un futuro nuevo y desconocido.

### **La relación Dios-hombre está revelada como éxodo**

Considerando la oración cristiana como éxodo hacia un encuentro con Cristo, se puede interpretar la creación como primer paso hacia este encuentro. Al crear el mundo y en él el hombre a su imagen, Dios salió de sí mismo y se comprometió con este hecho a un éxodo continuo en favor del hombre. Este éxodo encuentra su extremo en la "kénosis" y en el misterio pascual de su Hijo amado. Por este "compromiso" la creación es una historia, una historia de salvación, re-creación, como vimos ya arriba. Bajo este aspecto salvación significaría éxodo mutuo para el encuentro, para la relación, para estar en comunión. Explicamos ya más arriba la importancia del Exodo de Egipto para el pueblo de Israel. En Gen 12,1 encontramos el principio de la historia de salvación en forma de éxodo: Dios pide a Abrahám: "Sal de tu tierra, de la patria, de la casa de tus padres... a la tierra que yo te mostraré". Dando el primer paso, Abrahám se compromete, sin darse cuenta, a una vida en éxodo. En Gen 17,1 Dios le pide otra vez: "anda en mi presencia". Es la exigencia de salir para caminar continuamente delante de Dios. No se refiere aquí al hecho histórico del pasado, en el cual el hombre siempre está tentado a instalarse y a mitologi-

zarlo, sino que es la exigencia de abrirse y salir al encuentro con Dios en el nuevo camino. Yahve le pide ser íntegro, vivir en su presencia, es decir, experimentar a un Dios que "está con nosotros", que acompaña solamente cuando uno está caminando. Esta nueva palabra de éxodo es a la vez una nueva palabra de creación y salvación: Dios hace un nuevo comienzo para una vida nueva. Y. M. Congar describe este encuentro de Dios con su creación con estas palabras: "La historia de las relaciones de Dios con su creación —y muy especialmente con el hombre— no es otra cosa que la historia de una realización cada vez más generosa y profunda de su *presencia* en su creatura" (3).

En Jesucristo el éxodo de Dios ha llegado a su último extremo, éxodo como amor hasta el fin. "El no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros" (Rom 8,32), "le dió al mundo su Unigénito, porque tanto amó Dios al mundo" (Jn 3,16). Jesús mismo se revela como éxodo del Padre: "salí del Padre y vine al mundo" (Jn 16,28). Su vida ha sido un éxodo continuo de sí mismo, pues vivía para el Padre y para los demás (cfr. Jn 13,1). Vivía su vida como ser para los demás, una vida "extra me", en la cual se reveló su transcendencia. Vivía para Alguien que era más grande que él, a quien llamaba "Padre". Por eso Bonhoeffer se atreve a decir: Cristo hacía de su vida una oración" (4).

Una vida "extra me", de éxodo, es necesariamente una vida crucificada. En este sentido toda la existencia de Jesús hombre fue una existencia crucificada; su crucifixión al final de su vida se debe interpretar desde allí como resumen y consumación de una vida entregada en amor. La oración cristiana encuentra en esto su origen y su expresión más fuerte. La carta a los Hebreos formula su imperativo en

forma de éxodo: como Jesús "padeció fuera de la puerta; *salgamos*, pues, a él fuera del campamento" (Hebr. 13, 13).

La oración cristiana, que abarca toda la vida —pues Cristo hizo de su vida una oración— es en último término un éxodo del hombre como respuesta al éxodo de Dios en Cristo, para poder relacionarse con él y re-encontrarse en él. El hombre del mito no se atrevería a este éxodo, porque no sería correspondencia a una iniciativa revelada y experimentada.

### Oración como relación filial

Dijimos que nuestra oración se realiza en el encuentro personal con la persona de Cristo, en la fe. Jesús, para nosotros, es el testigo de Dios en su vivir mediante el Padre, por quien lo lejano se hace cercano. Vimos también que la Encarnación del Hijo en la vida humana, es salida, es éxodo. No se revela como Alguien que descansa en sí mismo, sino como una vida de ser enviado, una vida de misión, de servicio, de ser Hijo. Sabemos que nuestra oración llega por Cristo al Padre. Por una auténtica participación en la existencia del Hijo llegamos nosotros a ser hijos del Padre. Dios se ha revelado como "Dios con nosotros" (Emmanuel), acercándose a nosotros como Hijo y como hermano. Por eso nuestra oración es una participación en la oración del Hijo. La palabra "Hijo" expresa una relación; es la total referencia de Cristo al Padre; él se llama "Hijo" para revelar su relación con el Padre, para revelar que él no está en sí mismo, sino en el Padre, es uno con él. "Hijo" expresa algo de la radicalidad y totalidad de su unión con el Padre. Hijo es ser-de-otro. Jesús, como ser-de-otro, vivía para otros. Su vida estaba abierta hacia dos lados: hacia el Padre y hacia los demás: como ser "de" y "para". En consecuencia su vida es pura relación, y

como relación pura unidad. Entonces la oración cristiana es la plena conciencia de que él es Cristo, es decir de que es el fin de que es el Hijo, de que es relación con el Padre y con los demás. Es el Espíritu quien da testimonio a nuestro espíritu en la oración de que somos hijos de Dios; es él quien clama en nosotros "Abba", Padre, y quien ora en nosotros con gemidos inefables. Aceptando así en nosotros el Espíritu de adopción y dejándole orar en nosotros, nos damos cuenta de la realidad de nuestra existencia: es una existencia recibida, regalada; es una existencia de hijo. Aceptar esta realidad es vivir en éxodo: se llega a sí mismo cuando se sale de sí mismo y vuelve uno a orientarse como relación filial en su verdadera originalidad.

En su relación filial con el Padre Jesús revela la autoridad y la misión que Dios le concedió, pues significa que el Padre se reveló plenamente al Hijo, como únicamente un padre se puede revelar a su hijo. En este sentido "Abba" supone revelación. En Lc 11,1 Jesús enseña a sus discípulos a orar, es decir, a llamar a Dios "Abba", Padre. Autorizándoles para que también ellos puedan llamar a su Dios Padre, les permite participar en su propia relación y unión con Dios.

La oración de "Abba" es siempre presencia del Reino de Dios, es ser hijos de Dios: "Sólo aquel que puede repetir este infantil "Abba", entrará en el Reino de Dios. Este tratamiento "Abba" es una participación en la revelación, es escatología actualizada, es la presencia del Reino incluso aquí y ahora" (5).

La oración "Abba" cambia y convierte a todo el hombre en un hombre nuevo: en hijo de Dios, su nueva existencia. El mito, sin embargo, no es capaz de cambiar al hombre. El deseo del hombre del mito es relacionarse

con el origen, con su fuente, pero nunca en el sentido de dejarse construir para algo por Otro que es más grande que él mismo.

### La última oración de Jesucristo

En la consumación de su vida, en la cruz, Jesús oraba: "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?" (Mc 15,34). Este grito de abandono revela que Dios en Cristo quiso hacer la experiencia de la existencia humana desde dentro, para desde dentro restaurarla y sanarla. En esta oración Jesús sufre la situación del hombre que ha llegado al final, perdido en la muerte, sin haber encontrado a Dios, sin poder salir de este abismo por sus propias fuerzas. Este grito en la cruz es la oración máxima del hombre, la salida total sin encuentro, una salida de amor gratuito en respuesta a un amor gratuito todavía más grande. Esta oración en la cruz, en un momento histórico de la vida, revela la situación real de la oración: a una vivencia con Dios llegamos a través de un morir. El hombre experimenta cada encuentro con Dios dolorosamente. Lo divino es una herida dolorosa en nuestra existencia, que nos capacita para abrirnos más; es la superación de nuestros propios límites para abrirnos más a una vida para Dios. La búsqueda de Dios nos hace prorrumpir en un grito: "el grito doloroso de la creación entregada a lo divino, un grito que a menudo retumba en el vacío sin que sea escuchado" (6).

Es precisamente la proximidad de Dios, la que hace experimentar con todo dolor su lejanía. Por la amistad de Dios el hombre vive sobre un vacío, pues está en relación con un Dios, que es incondicional, a quien el hombre puede acercarse solamente superando sus condiciones limitadas. Este éxodo atrevido llega a una soledad muy grande y asfixiante: el hombre

se encuentra en presencia de su Dios absoluto y exclusivo. Para Cristo Dios ha sido el espacio de su vida. En su existencia dolorosa ha desaparecido hacia una lejanía infinita. Desde la muerte de Cristo en la tensión tremenda de esta lejanía del Padre, cada morir en el mundo, cada éxodo absoluto, es un tránsito a Cristo. Cada vez que un hombre en el mundo acepta libremente su propio fracaso por un éxodo de amor, se realiza la oración de Jesús en la cruz, oración como entrega incondicional a la voluntad del Padre, cuya presencia en este momento no experimenta. Cuanto más ama el hombre, más vulnerable es. La "vitalidad de la vida" y la "mortalidad de la muerte" se experimentan por una vida de amor y de entrega. El hombre experimenta la "mortalidad de la muerte" (palabra de L. Boros), si acepta que su abandono ha sido superado en el abandono de Cristo; entonces ha permanecido en el amor, en comunión con la entrega de Cristo.

En la cruz Cristo unió los dos extremos separados del mundo: Dios y los hombres, lo cercano y lo lejano. Por eso toda su existencia ha sido una existencia crucificada, pues llevaba al mismo tiempo el amor de Dios y el amor hacia un mundo extraño a Dios. Su cruz y la última oración en la cruz expresan la unificación entre los dos abismos en su persona. En el momento de su muerte él está abandonado de Dios y de los hombres; su éxodo es un "vaciamiento" total. Pero justamente este abandono crea la unificación, la nueva relación entre Dios y los hombres. Toda oración en Cristo puede ser considerada como una unificación entre Dios y los hombres a partir de esta oración de Cristo en la cruz.

También el mito busca la unificación, pero por otro camino: en vez de perderse en el Otro, busca su identificación con lo más profundo de la hu-

manidad. No existe la fuerte y dolorosa confrontación con la Persona, trascendente, como en la oración, porque la humanidad se considera insertada en un cosmos immanente.

## Conclusión

La revelación total en la "kénosis" y en el misterio pascual de Jesucristo ha consumado y superado el mito. Es el "no" definitivo a una relación indefinida entre el hombre y el cosmos: en su vida personal, su vida de oración, Jesucristo ha unido los dos extremos separados: Dios y los hombres, no en el sentido de fusión, sino en el sentido de encuentro y relación, de tú a tú entre Padre e Hijo.

- Mientras que la revelación pone en camino, de pregunta en pregunta, hacia el conocimiento total, el mito da una explicación de lo que ha visto y conocido, sin abertura y esperanza para lo nuevo.
- Mientras el cristiano en la oración busca su relación con Dios por un éxodo, mirando hacia adelante, hacia el futuro, el hombre del mito busca su relación con el origen por un "opísodo", mirando hacia atrás, hacia el pasado y estableciéndose.
- Mientras que la oración cristiana cambia al hombre, convirtiéndole por la palabra "Abba" en hijo de Dios, el mito no cambia nada al hombre, porque le falta esta relación exclusiva y filial.
- Mientras que el cristiano en la oración por una existencia crucificada realiza la unión con Dios y los hombres en éxodo y entrega, el hombre del mito busca la unificación con el origen de la humanidad universal.

El mito, en el sentido peyorativo, busca seguridad, se encierra en sí y en su mundo. La oración, sin embargo, vivida como éxodo, pone en marcha, en camino hacia horizontes siempre nuevos.

Por la fe marcha de pregunta en pregunta, por la esperanza marcha

de promesa en promesa y por el amor marcha de entrega en entrega.

Todos nosotros cristianos, participantes de la vida de oración de Cristo, llevamos todavía mucho hombre "mítico" en nosotros. Por lo tanto estamos en camino hacia una existencia nueva, que sea, en identificación con Cristo, oración, y el único camino es: orando se llega a ser oración.

## **citas**

- (1) G. CASALIS, citado por Y. M. CONGAR: *Christianisme et libération de l'homme*, MO 265 (1969) 8.
- (2) J. RATZINGER: *Introducción al cristianismo*, p. 53.
- (3) Y. M. CONGAR: *Mystère de Jésus et église des pauvres*, en *L'église aujourd'hui*, p. 7, citado por G. GUTIERREZ: *Teología de la liberación*, p. 245.
- (4) E. BETHGE, *Cristología y Cristianismo "no religioso" en D. Bonhoeffer*, *Selecciones de Teología* n. 36 (1970) 296.
- (5) J. JEREMIAS: *Mensaje central del NT*, p. 34.
- (6) L. BOROS: *Somos futuro*, p. 106.